

PAPEL | CULTURA

'MEMORIAS DE UNA ACTRIZ EN EL GULAG': LA URSS CONTRA SU MEJOR MUJER

Historia. Las memorias de Tamara Petkévich, hasta ahora inéditas en español, se unen a la tradición de los grandes testimonios íntimos del totalitarismo soviético

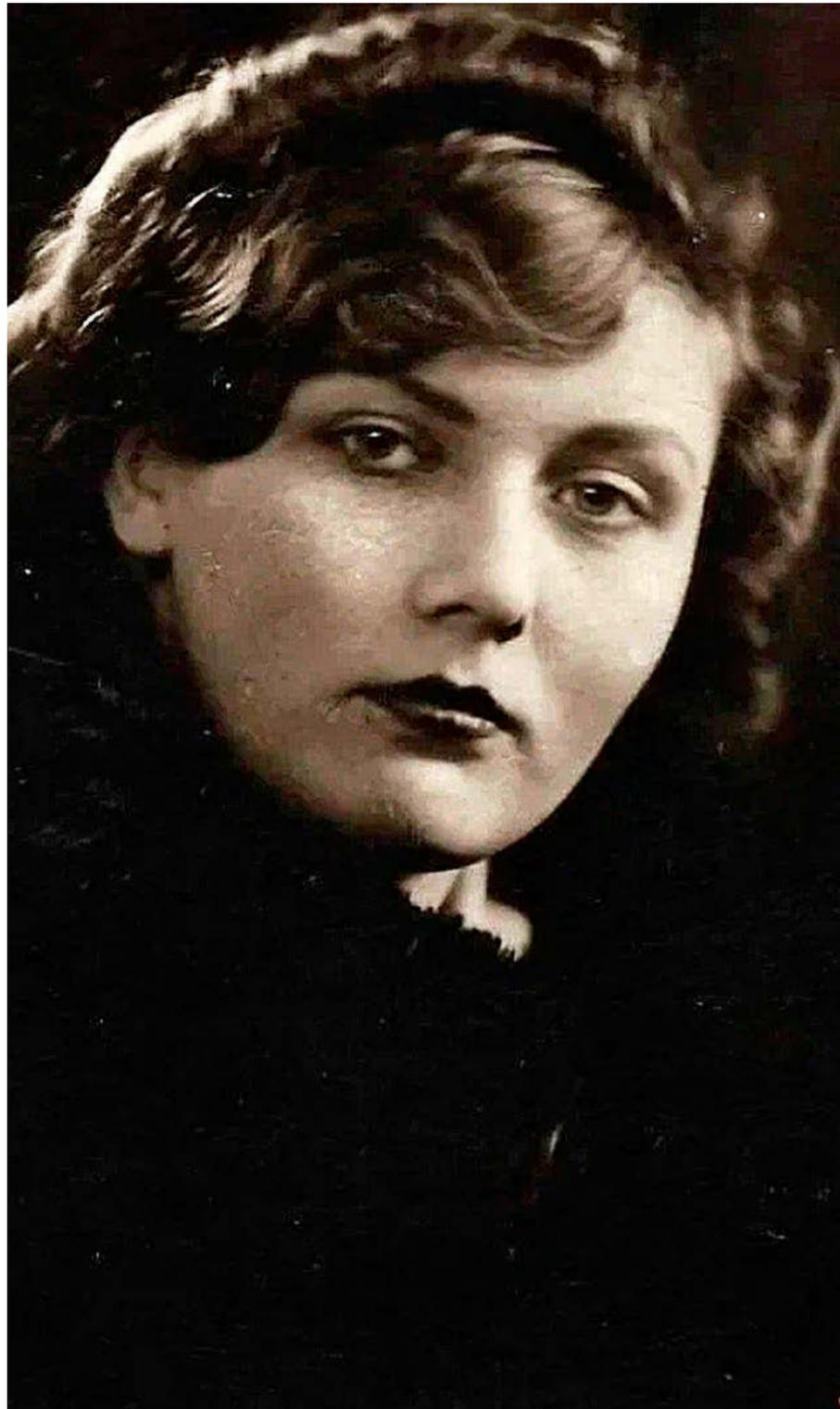
Por **Luis Alemany** (Madrid)

Cada libro de testimonio sobre los horrores del siglo XX, cada memoria escrita por un superviviente de la Shoá, del gulag, de la Revolución Cultural o de los jermes rojos se parece a los demás y es, a la vez, radicalmente nuevo. La descripción del sufrimiento físico, del hambre y de la humillación, el descubrimiento de la mezquindad y de la compasión, la tentación de sobrevivir por el método de actuar inmoralmente, la búsqueda de un núcleo de dignidad humana en las peores condiciones posibles, la persistencia de la amabilidad... Todo eso está en *Memorias de una actriz en el gulag*, de Tamara Petkévich (editado por Periférica y Errata Naturae). Todo eso está y se reconoce como ya leído, pero, a la vez, el martirio de Petkévich suena único como si fuera el primero. La autobiografía de la actriz rusa (1920-2017) acaba de llegar al idioma español como si fuera un gran monumento del que, increíblemente, nadie hubiese escuchado hablar hasta ahora.

¿Qué distingue a Petkévich de otros testigos del gulag? Quizá un leve aire de melancolía estetizante, de refinamiento en el paisaje que quizá sea un forma de rebeldía en el fondo. La autora de *Memorias de una actriz en el gulag* se identifica desde el principio como una niña privilegiada, la hija de un bolchevique que se instaló en San Petersburgo, en el apartamento de algún aristócrata del antiguo orden, entre delicadezas inimaginables. Aunque parezca una frivolidad anotarlo, Petkévich fue una mujer culta y guapa y cayó pronto en desgracia, así que causó entre aquellos que la rodearon la estupefacción que provocaban las mujeres desgraciadas y bellas en aquel mundo y quizá en este también. Generó celos, deseo, idealización romántica, anhelo de protección y ensañamiento y todo eso le ocurrió en el liceo, en la familia, en el trabajo y en el gulag. Los capos de los campos de concentración pasaban de privilegiarla a violarla, los enamorados de clase la delataban y las delincuentes con las que compartía barracones intentaban envenenarla, pero también había compañeras de presidio que la cuidaban y amigos del colegio que le eran leales.

Memorias de una actriz en el gulag no tiene la vocación analítica de los libros de Evgenia Ginzburg pero tiene su parte de valor como documento político. La historia es, de nuevo, la de siempre: el padre de Petkévich fue purgado sin motivo claro. Un día, cuando la gran redada de 1938, llegó a casa el coche negro de la NKVD y aquel hombre carismático y colérico desapareció. Al cabo de los años, Petkévich supo que su padre había sobrevivido hasta los 60 sin que ella pudiera saberlo ni se reencontrase con él.

El desclasamiento también existía en la fraternal Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Tamara Petkévich, su madre y sus dos hermanas perdieron



Tamara Petkévich, superviviente de la represión y autora de 'Memorias de una actriz en el gulag'.

sus privilegios, suspendieron sus anhelos y se emplearon como bordadoras. Y el mundo que las rodeaba empezó a mirarla con ojos diferentes. Tamara tenía un buen grupo de amigos, chicos educados, estudiantes, pianistas, aficionados al arte de vanguardia... No eran ni opositores ni entusiastas del régimen, pero el Estado, tan ineficiente para tantas cosas, los espiaba con una diligencia admirable. Y Tamara, la más frágil del grupo, recibía la presión del sistema en forma de

personajes oscuros que se le hacían los contradizos y que le daban consejos no solicitados: «Ayúdanos y te ayudaremos, ve con cuidado si quieres a tus hermanas, piensa en lo que le ocurrió a tu padre».

En ese acoso, Petkévich decidió huir: aceptó el cortejo de un pretendiente extraño, un estudiante de Medicina ajeno a su círculo, que había marchado a Kirguistán en una forma de exilio-gulag suave y que le había pedido que lo acompañara. Aquello

El Estado soviético, tan ineficiente para todo, espiaba con enorme diligencia a los irrelevantes amigos de Tamara

Los interrogadores pasaban de una cordialidad untuosa al pánico. Tenían tanto miedo como su interrogada

El gulag era, sobre todo, un desorden agotador, un trasiego a pie entre campos de trabajo y tareas insalubres

ocurrió 1940 y salvó su vida. Un año después, Alemania atacó a la URSS y dirigió su ofensiva hacia San Petersburgo, donde la madre de Petkévich y una hermana murieron de hambre. Al mismo tiempo, aquella extraña huida marcó la suerte de Petkévich ante la NKVD. Pronto, el coche negro llegó a por ella. La acusaban de una descabellada conspiración con alguna agencia de espionaje extranjera no determinada.

Durante algunas páginas, la historia de *Memorias de una actriz en el gulag* se convierte en una obra de teatro absurdo. Los interrogadores de Petkévich actúan primero con una cordialidad untuosa, después se vuelven odiosos y al cabo de dos párrafos, se muestran conmovedoramente frágiles. Tienen tanto miedo como su interrogada. La causa que sostienen es incomprensible y las pruebas en las que se apoyan son una cosa y su contraria. Así que hay un momento en el que la sentencia parece una liberación.

Memorias de una actriz en el gulag dedica la otra mitad de sus 704 páginas a explicar qué era el gulag: un desorden agotador, sobre todo. Los reclusos marchaban a pie de un campo a otro, recogían cáñamo a mano y a costa de su salud, como si fueran esclavos negros en Alabama, sufrían escorbuto, contaban los gramos de pan de su dieta diaria y, sobre todo, convivían con la ferocidad de los presos comunes, más temibles que sus vigilantes.

Petkévich tenía algunas circunstancias diferentes. Tenía un sentido de la moralidad excepcional, tenía dureza física y, como ya está escrito, era bonita como un ángel, de modo que las pequeñas grietas que se abrían en el sistema se abrían para ella, antes y más que para los demás presos. Cada cierto tiempo, un médico la elegía para que fuese su ayudante y la apartaba del trabajo físico, o un capo bondadoso organizaba una obra de teatro y le daba un papel (así nació la actriz del título). Pero en el privilegio estaba la condena: los protectores de Petkévich querían siempre acostarse con ella. Y sus anteriores amantes, celosas, conspiraban en su contra. La autora, en vez de aprovechar su ventaja y de jugar sus bazas, intentaba actuar con rigor.

Y eso es algo que también hace único a *Memorias de una actriz en el gulag*: la persistencia en una moral aristocratizante. Si su Petkévich sobrevivió a su condena no fue, obviamente, porque decidiese ser una buena persona sino porque el sistema de los gulags fuera perdiendo, poco a poco, su fiereza. Sin embargo, si la autora pudo contar esa historia con la belleza tan especial de su prosa, debió de ser por esa manera de ver la vida.